

## PRÓLOGO

### *Año 644 de la Nueva Era en Arasca, el Mundo Oculto.*

**M**artín despertó de pronto de un mal sueño. Estaba empapado en sudor y enroscado entre las sábanas. Solo los resuellos que emitía su respiración entrecortada desgarraban el silencio de la habitación. El pequeño Pedro dormía apaciblemente a su lado con los labios torcidos en una sonrisa, como cualquier niño que sueña con querubines y animales fantásticos.

Martín, en cambio, permanecía rígido sobre la cama, no más que una tabla cubierta de paja. Un rayo de luz se colaba entre los maderos de la pequeña habitación, que en realidad no era otra cosa que un chamizo donde los hombres de la guarnición almacenaban la leña para el invierno. El conde del castillo, Sancho Castro, había decidido acoger a los dos pequeños hijos de campesinos, Pedro y Martín, compadeciéndose de las condiciones en que los había encontrado días antes.

Se cumplía una semana desde que el propio conde llegó a la aldea cercana al río Fuenteclara, decidido a cobrar el impuesto a sus campesinos, y encontró un pueblo esquilmado en lugar de familias labrando la tierra. En medio de aquel desolador escenario de chozas carbonizadas y campos incendiados, se había producido una matanza. Las mujeres yacían en el suelo después de haber sido violadas, algunas incluso después de muertas. Los hombres aparecían apaleados sobre un gran charco de sangre. Muchos con el cuello rajado de oreja a oreja. Otros colgados de las ramas de los árboles más próximos, por haber tratado de defender a sus esposas.

Don Sancho Castro ordenó a sus hombres que enterraran a los muertos y apagasen las pocas llamas que persistían. Tres jornadas más tarde volvieron a la aldea con el padre Pere, el cura del castillo, para bendecir las tumbas y dar la remisión a los difuntos. Fue entonces cuando vio a los dos muchachos escondidos en los campos de trigo que flanqueaban el camino de vuelta. Ambos estaban desnutridos, con la ropa hecha jirones y manchada de sangre y ceniza, el pelo desaliñado y los ojos lacrimosos. Uno de los dos hermanos tenía en torno a los diez años y la rabia contenida reflejada en su rostro. El otro era dos o tres años menor que él: unos chiquillos. Solo Dios sabía por qué penurias habían pasado, y Castro decidió llevárselos para acogerlos en su castillo.

Ahora, Martín había revivido en su pesadilla todas las atrocidades que presenció y tuvo que soportar aquella terrible noche en

la aldea. Los asesinos llegaron al galope como una manada de lobos hambrientos, ocultos bajo el manto de una noche sin luna. Mientras las familias dormían, el ruido de los cascos de los caballos advirtió de su presencia, y cuando estuvieron muy cerca encendieron y enarbolaron antorchas que brillaban en la oscuridad. Al momento prendieron fuego a las chozas y obligaron a salir a la gente. Las mujeres gritaban asustadas mientras intentaban abandonar sus hogares, algunas llevando a sus hijos pequeños en brazos. Los hombres se pertrecharon con azadas, picos o rastrillos para defenderse de los atacantes.

En menos de una hora la aldea ardía en llamas. Los campesinos yacían degollados en el suelo o ahorcados en los árboles más cercanos. Los niños lloraban y se orinaban encima acurrucados en los rincones, sin poder mover un solo músculo, aterrados por los gritos que los violadores hacían proferir a sus madres.

Martín odiaba a cada uno de todos esos hombres. Los odiaba profundamente, y aunque procuraba no pensar en ellos para evitar caer en la locura, siempre los recordaba en sus pesadillas. Especialmente resonaba en su memoria un hombre al que sus compañeros apodaban «el niño», debido a sus depravados gustos hacia los chiquillos. El muchacho tenía grabado en su mente el momento en que aquel sodomita obligaba a su hermano mientras él era apaleado por otro hombre sin poder evitar el abuso.

Rígido y con los ojos llenos de lágrimas, Martín decidió relajarse abrazándose a sí mismo para aliviar la tensión a través de sus rígidos hombros. Después se restregó los ojos para apartar las lagañas situadas en las comisuras, y trató de desperezarse extendiendo los brazos en forma de cruz. Buscó a tientas sus sandalias. Una vez calzado, se levantó al mismo tiempo que se sacudía la paja pegada a sus cabellos y más tarde salió del cobertizo.

El muchacho casi se dio de bruces con el montón de leña que los hombres del castillo habían sacado a la intemperie para dejar cobijo a los dos niños. La pila de troncos y ramas secas estaba cubierta por un manto grueso y apilada junto a la puerta, así que Martín necesitó rodearla para salir de la sombra y contemplar el sol matinal. El cielo era raso y el sol prometía no tener clemencia aquella mañana. Eso le animó. Llevaban varios días soportando las lluvias.

La torre del homenaje se erguía imponente frente a él. La base de la planta octagonal ascendía en pendiente pronunciada hasta la altura de un hombre y, después, la pared ascendía en perfecta vertical mucho más alto que cualquier otra cosa en los alrededores del condado. Incluso le parecía que las aves se veían forzadas a rodearla debido a la imposibilidad de volar más alto.

Nunca, durante su vida como hijo de campesino, había estado dentro de un castillo, ni siquiera a menos de varios centenares de varas, así que las colosales estructuras de la fortificación lo impresionaban como el primer día. No podía evitar su asombro cada vez que pasaba bajo los grandes umbrales que separaban las murallas del exterior.

Poco después el muchacho subía por una empinada rampa, hecha con cuatro troncos unidos por maderos horizontales, hacia la cocina que se encontraba en el patio de armas del castillo. Aquella era una tosca construcción de piedra pegada a la torre que servía de vivienda a la guarnición, cercana al arsenal y a la torre del homenaje. La entrada, tan grande como el portón de un granero, quedaba a varios pies de altura por encima del suelo, para evitar que las inundaciones ocasionadas por las lluvias estropearan los alimentos. En esta época del año se mantenía abierta para que el calor no se concentrara en la cocina, junto al humo del fogón y el olor del gran caldero de cocido. Allí preparaba la sopa de la mañana Sebastián, el maestro de cocina. La larga fila de hombres que esperaba su ración de caldo, pan de trigo y tocino, se alargaba en fila india hasta más allá de la rampa de troncos.

Subió deprisa la pendiente, abriéndose paso entre los soldados. Debía cumplir la única tarea que el conde le había encomendado por el momento: ayudar a los mozos de cuadra a enjabonar todos los días los caballos de la guarnición, un total de doce. Era una labor que lo mantenía ocupado todas las mañanas. Le encantaban los caballos, mucho más esbeltos y hermosos que las mulas utilizadas por su padre en el campo, así que procuraba levantarse temprano a diario para estar el mayor tiempo posible en compañía de estos animales. Soñaba con montar uno alguna vez, sentir su lomo bajo las posaderas y las riendas en sus manos, para luego perseguir a aquellos que mataron a sus padres y vengarse de lo que le hicieron a su familia.

El chico entró en la cocina y se plantó frente a Sebastián, mirándole por debajo del flequillo con expresión impaciente. El achaparrado cocinero seguía removiendo el caldero del cocido e iba llenando con el cucharón de madera los recipientes que dos de sus ayudantes repartían a los soldados, los cuales aguardaban fuera en fila. Al ver al muchacho con prisa, el cocinero le dedicó una mueca y dijo:

—Calma, no corras tanto. Los caballos no van a escaparse.

Uno de los ayudantes de Sebastián, que oyó la broma, se echó a reír tratando de taparse la boca con ambas manos. Parecía que el lastimero aspecto de Martín, delgado, con el rostro enjuto y el pelo revuelto de forma cómica, divertía al joven ayudante de coci-

na, no más de cuatro años mayor que él. A Martín las risas le resultaron indiferentes, y asintió con la cabeza como cualquier niño que acepta ansioso toda responsabilidad solo por conseguir su recompensa.

Sebastián envió a uno de sus mozos a la trastienda. Era una habitación húmeda y pequeña, únicamente destinada al almacenamiento de la carne salada y a la extracción del agua del pozo, de unas cuarenta varas de profundidad. En torno a este se apilaban montones de rocalla, destinada a su remodelación. En pocos meses la guarnición del castillo se había duplicado y el pozo ya no daba abasto. Habría que ensancharlo. Alrededor del caño había unos cuantos cubos de madera dispuestos con una cuerda para ser bajados al fondo. El mozo bajó el cubo con cuidado y poco después lo subió colmado de agua tirando con ambos brazos. Se lo entregó a Martín, que no vaciló en dar las gracias mientras corría de nuevo rampa abajo, azuzado por las burlas de los soldados, mientras el agua saltaba por los bordes del recipiente y salpicaba el suelo y algunas botas.

Después de pasar bajo las puertas de la muralla interior, en dirección a los establos, Martín detuvo su atención un momento para observar a Mordao, el cuidador de la jauría. Era un hombre recio y de rostro angosto, manchado por un poblado bigote oscuro, y con la frente oculta bajo un gorro de piel, el cual había comprado la semana pasada después de ahorrar durante diez días su paga. Se dedicaba a cuidar la jauría del conde, a la que se trataba con más delicadeza que a los mozos del establo. Cada día barría la perrera y ponía paja fresca.

Ahora Mordao estaba entrenando a uno de los perros de caza. Se servía de una gruesa tela que se enroscaba alrededor del brazo derecho para protegerse de los ataques del animal, y usaba un látigo para provocarlo. Su trabajo llevaba consigo mucho peligro y dedicación, incluso a veces dormía con los perros para mantenerlos en calma por la noche. Sin embargo, el muchacho había oído en boca de otros que Mordao cobraba poco más de lo que ganaba un vulgar criado de castillo. Debía tener un gran afecto por los animales, pensaba el chico.

Enseguida llegó a las caballerizas con el cubo medio lleno, debido al bamboleo alegre al que lo había sometido durante el trayecto. Entró en la habitación donde vivían los dos mozos de cuadra, separada de las caballerizas por un arco de madera, y los saludó cortésmente. Nico y Alonso, mucho mayores que él, lo recibieron como cada mañana, contentos por tener un ayudante. Al fin y al cabo era alguien que estaba por debajo de ellos en su reducida escala de mando. De esta manera Martín comenzó su oficio.

Cogió un paño limpio que colgaba de un clavo arqueado en la pared y un raspador junto con algo de jabón grasiento, que le habían dejado preparado los mozos. Los tres entraron en las caballerizas y decidieron comenzar con una yegua de cría, de piel oscura y hocico blanco, a la que todos llamaban Princesa. Martín tenía que usar un taburete para encaramarse hasta lo alto del lomo del animal. Uno de los mozos limpiaba junto a él, mientras el otro se ocupaba de llenar los espacios para el heno y el abrevadero.

Así transcurrían las mañanas para Martín, mientras su hermano pequeño dormía plácidamente y esperaba algunas horas para ayudar en los huertos.



# 1. El desfile

*Año 650 de la Nueva Era*

*«Corren tiempos difíciles.  
En el Este pacen las bestias.  
En Occidente los hombres no sospechan».*  
**Susurro de un sauce.**

*1 de agosto*

Graus observaba montado en su palafrén los imponentes muros blancos de la ciudad. Por orden de Lockmayor las trompetas sonaron en las torres de la gran puerta, y las altas colinas devolvieron el eco.

El ejército había sido conducido de regreso a la ciudad, a Barrock, la más importante del condado que llevaba su mismo nombre, situado en el extremo nororiental del Imperio de Pulse. Seis días habían transcurrido desde que la modesta tropa mercenaria de Beld se puso al servicio del gran señor de Barrock, el conde Lockmayor, junto a otras muchas milicias extranjeras para secundar al pequeño ejército del noble en la contienda contra don Juan de Aitania.

Ahora el contingente de la tropa mercenaria se adentraba en la ciudad desfilando triunfante por la calle principal, animado por atabales y trompetas y por la gente que los vitoreaba a modo de vencedores, tal como el conde había dispuesto.

Avanzaron hasta casi ocupar toda la prolongación de la calle. Al frente marchaba Lockmayor, de porte distinguido y barba grisácea, seguido por las unidades de caballería del castillo y la ciudad. Más atrás, los dos centenares de mercenarios. Primero los hombres de a pie y después los jinetes. Algunos individuos procedían de las regiones situadas al norte del reino, como Graus, Beld y los suyos, mientras otros habían llegado del este o de las turbulentas tierras meridionales. Todos ellos eran mercenarios curtidos, pero Graus sabía que tenía el mejor capitán de toda la multitud.

El desfile concluyó con un amplio y redundante redoble de tambores, y entonces el conde comenzó un discurso que solo las primeras filas pudieron oír.

Graus observó a su capitán. Beld permanecía montado en su caballo y reclinado sobre el pomo del arzón, como desprendido de

todo aquello. Era un hombre portentoso físicamente, moreno y algo iracundo. Sus oscuros y largos cabellos le caían a la altura de los anchos hombros. Los ojos negros y la mandíbula siempre tensa le daban una expresión férrea que solo se desvanecía cuando el vino lo embriagaba. Una capa rasgada y deteriorada por el tiempo cubría la cota de malla que portaba pese al intenso calor de agosto. Las musculosas extremidades superiores, protegidas por sendos brazales de hierro labrado, terminaban en unos dedos anchos y fuertes, que a Graus le parecían no tener igual. Beld pertenecía a un linaje de nobles norteños, aunque solo era el hijo bastardo del jefe de un clan ascadio, y su madre una prostituta fallecida tras darle a luz.

Con esta, Graus sumaba la cuarta ocasión que prestaba servicio a un conde de las tierras fronterizas, y no era el primer desfile que efectuaba en las calles de una ciudad. Ya había disfrutado de esta experiencia anteriormente en los días posteriores al asedio del castillo de Verneck, junto a Beld y casi los mismos compañeros de tropa. Por aquel entonces el complacido conde que los contrató se cuidó de repartir tres reales de bronce para cada hombre de a pie, y cinco para los jinetes. En el presente, Lockmayor les había prometido el doble de esta cantidad.

Cuando el conde terminó su discurso, todos alargaron el pesquezo para ver si por delante ya habían empezado a pagar las soldadas, pero no se veía nada excepto la cadena de guardias, apostados como una muralla alrededor del gran señor.

Se produjo un súbito nerviosismo, y de entre las primeras filas brotó una potente voz que recorrió la hilera de mercenarios: —¡No hay soldadas! ¡Ese canalla no quiere repartir las soldadas!

En ese mismo instante la cadena de guardias montados arremetió contra la vanguardia de la tropa, estallando un salvaje griterío. La calle se sumió en un completo caos. La gente que antes vitoreaba y contemplaba el desfile corrió hacia sus casas para refugiarse de la cólera de los mercenarios extranjeros. La formación se dividió inmediatamente en decenas de grupos precipitándose por calles y callejas desiertas, entre las puertas cerradas de los hogares, los furiosos ladridos de los perros y los insultos que llegaban desde las ventanas acompañados por lluvias de piedras.

Graus vio desaparecer por una de las calles a Lockmayor, seguido por varios soldados leales. Luego escuchó cómo Beld ordenaba a sus hombres que le siguieran, mientras se internaba al galope por una de las innumerables callejas empedradas. Solo Graus y otros ocho hombres de confianza le obedecieron; el resto se bifurcó en diversas direcciones.

Fueron a parar al zoco oeste de la ciudad, donde algunos comerciantes habían dispuesto sus enseres para venderlos después



de la exhibición militar. El estrépito de los cascos de caballos sobre el empedrado causó espanto en el lugar. Los transeúntes corrían entre los tenderetes y abacerías tratando de escapar de los tres mercenarios que habían dejado la carrera para comenzar el linchamiento. Poco después tomaron otra callejuela, intrincada como una culebra en el agua, y uno de los jinetes hizo trastabillar a su caballo al intentar doblar una esquina; la caída resultó fatal para el hombre, aplastado bajo el peso del animal.

La estrecha calleja desembocó en una plazoleta oculta entre las apiñadas casas de piedra. La torre de una iglesia erguida frente a ellos se elevaba de forma que impedía la entrada de luz en el lugar a esas horas de la mañana.

Beld avanzó a trote hasta el pórtico. La asimétrica escultura del tímpano mostraba las figuras de Cristo y sus discípulos en la última cena. Una vez allí, detuvo a su caballo orientándolo de lado, sacó un pie de los estribos y abrió la puerta de un puntapié. A continuación pasó bajo el dintel, reclinado en la silla para evitar golpearse la cabeza. Graus y los otros lo siguieron.

En el interior, un grupo de feligreses rezaba junto al altar del Cristo Crucificado. La concurrencia estaba formada por mujeres, todas ellas de mediana o avanzada edad, que empezaron a gritar espantadas cuando Beld y los suyos prorrumpieron en la misa.

—¡Silencio! —vociferó Beld, intentando acallar en vano los chillidos de las mujeres— ¡U os abro a todas en canal!

Entonces salió del escondite de detrás del púlpito el cura que arengaba las oraciones. Era un hombre viejo, con el pelo ralo y cano, y vestía la sotana y alzacuellos propios de su religión.

—No te atreverás a profanar la casa de Dios, extranjero —amonestó el cura al avezado mercenario.

—¡Calla, embustero, que comes gracias a la caridad de los que engañas! —lidió el capitán al tiempo que desmontaba. Graus y los demás siguieron sus movimientos.

—¡Dios os maldecirá y su maldición caerá sobre todos vosotros! —gritó el cura.

—¡Calla! —ordenó el capitán mientras se abría paso por el pasillo flanqueado de bancos, ahuyentando con la espada desnuda a las mujeres.

—¡Que el demonio os lleve consigo! —maldijo el cura hasta perder la voz.

Beld se plantó frente al capellán. El anciano apenas le llegaba a la altura de los hombros. El cura carraspeó para luego intentar hablar, pero Beld le golpeó en el rostro con el dorso de la mano, tan fuerte que lo arrojó a un lado.

El cura no volvió a abrir la boca.

Beld agarró a una de las mujeres por el brazo. Era una mujer morena y hermosa, con el cabello atado en una trenza. De un tirón la despojó de su túnica y extendió la tela en el suelo.

—Dejad ahí todo lo que posea algún valor —señaló con la punta de la espada—. Si Lockmayor no quiere pagarnos lo prometido, entonces pagaréis vosotras.

Nadie se movió. Las mujeres estaban paralizadas por el miedo, sin creer lo que sucedía ante sus ojos. Hubo unos segundos de silencio en los que nadie parecía decidir qué hacer. Graus pensó en largarse y dejar a sus compañeros allí, pues tarde o temprano la guardia de la ciudad solventaría la pequeña revuelta y se tomarían prisioneros. Prefería olvidar el asunto y salir de la ciudad cuanto antes, como debían estar haciendo muchos mercenarios, en lugar de permanecer por las calles saqueando para obtener un mísero botín compuesto por colchones y enseres domésticos. Después de todo, ¿qué podrían sacar de un puñado de mujeres?

—Así que ninguna de vosotras tiene un regalo para mí —ironizó el capitán ascadio.

En vista de la tácita respuesta del grupo, Beld se acercó a la morena que antes había sujetado por el brazo. La miró fijamente a los ojos, y cuando la mujer trató de evadir su mirada, la agarró de los cabellos con un raudo movimiento. Beld meneó la cabeza de la mujer, como si fuera una muñeca, al tiempo que ella pateaba y gritaba para zafarse de sus manos. Después la puso de rodillas a la altura de su cintura. Luego se desabrochó el cinturón con la mano que le quedaba libre.

Graus miró perturbado la escena. Beld seguía haciendo sufrir a la muchacha, respaldado por las carcajadas y aplausos de sus hombres.

—¡Déjala! —lo exhortó Graus—. Deja a esa mujer en paz y larguémonos.

Vio la sonrisa provocadora que se trazó en el rostro del capitán. En ese mismo instante, Graus comprendió que había cometido un error. Creyó sentir sobre él las miradas hostiles de los demás. Los hombres habían encontrado botín y él comprendió que el relicario de la iglesia y las mujeres servirían para satisfacer sus necesidades. Todos estaban de parte del capitán, todos salvo él.

—¡Esfúmate! —rezongó Beld—. Márchate si quieres. Nosotros estamos a salvo aquí.

Graus no comprendió al capitán. Afuera se entablaba una amarga lucha entre guardias, ciudadanos y mercenarios, con ventaja para estos últimos, puesto que Lockmayor había planeado el ataque en las calles de la ciudad, allí donde la tropa mercenaria no podía maniobrar con facilidad para defenderse. Pero el capitán

no había realizado ningún esfuerzo por reagrupar a todos sus hombres y ahora se encontraba en el interior de aquella iglesia desprendido de todo aquello.

En vista del resultado de sus palabras, Graus no tuvo otra elección que salir solo al exterior para intentar escapar de la ciudad. Procuró volver por donde habían venido, pero la desmedida cantidad de calles, todas parecidas, nublaban su sentido de la orientación. En algún momento se topó con una muralla, que siguió en dirección norte hasta luego girar hacia el este y encontrar las puertas principales, cerradas a cal y canto. En aquella parte de la ciudad se extendía una gran plaza que comunicaba con la calle cardinal. Allí, la última resistencia mercenaria arremetía contra las puertas de hierro para intentar escapar, al tiempo que varios arqueros apostados en el pretil disparaban sus flechas para impedirlo, y la guardia montada cargaba sobre la multitud lanza en ristre. En el suelo de la plaza yacían decenas de hombres.

Aquello parecía ser el insólito final de un ejército que dos días antes derrotó a las tropas de don Juan de Aitania. Los vencedores habían celebrado la victoria a lo grande, con fiestas y bacanales, y Lockmayor llevó a cabo su alevosía aprovechando el júbilo de los mercenarios, muchos de ellos desarmados durante el desfile. Pero Graus no podía entender los motivos de la traición. El conde podía permitirse el pago de las soldadas, pues sus arcas rebosaban de monedas de plata y bronce, a juzgar por sus ostentosos hábitos, así que esa no había sido la razón. No podía haber sido la única razón.

Escuchó una orden detrás de él y pronto comprobó que estaba rodeado. La descarga de una ballesta anunció su final. Notó el chasquido en la nuca y cayó al suelo, exánime.



## 2. Martín y don Sancho

*«Veo en su mirada un destello.  
Es hijo del viento y la tragedia.  
Su corazón es benigno  
y sus años escasos».*

**Mensaje de Adelar, dios del viento.**

*2 de agosto*

**P**asaron siete años desde la llegada de los dos pequeños huérfanos al castillo de don Sancho Castro. El pequeño Pedro se había convertido en un muchacho alto y espigado, mientras que el hermano mayor ya contaba los diecisiete años. Martín era ahora un joven fuerte para su edad y con buena talla. Su apuesto semblante y sus largos cabellos castaños, inusuales para los hombres de la época, que preferían la melena corta, atraían las miradas de muchas jovencitas cuando bajó por vez primera a la ciudad del condado.

A principios de agosto, cuando don Sancho se presentó con su cargamento de barriles de vino el día de San Pedro de Osma, hubo muchos comentarios y expectación acerca de su inusual acompañante. De todos los ancianos que residían en la pequeña ciudad, solo el viejo Simón, apodado comúnmente como el «viejo cerveza», conseguía atraer la atención de los más jóvenes y otros no tan jóvenes. Contaba sus historias en «El Asador», una taberna situada en una de las cuatro esquinas de la plaza del mercado. Sus cuentos fantásticos de dragones alados y héroes con armadura eran bien recibidos por todos, y hasta los que lo aventajaban en edad escuchaban sus sabios consejos. Ahora el «viejo cerveza» tenía mucho que decir sobre el asunto.

—¿Quién es ese joven que vino con don Sancho? —preguntó el anciano Gregorio, levantando su bastón sobre las cabezas de los demás para conseguir un poco de atención.

—Tiene que ser del norte, de las montañas —propuso Lordín, un longevo sabelotodo de la misma edad que Simón.

—Su nombre es Martín, y no por ser alto tiene que ser del norte —repudió el «viejo cerveza»—. Piensa hasta que te crezca el pelo hasta los hombros y comprobarás como tengo razón. Mi hijo, que sube de vez en cuando al castillo para ofrecer queso de cabra al señor conde a cambio de unas monedas, dice que ese muchacho es uno de esos dos huérfanos que sobrevivieron en Fuenteclara seis inviernos atrás.

—¡Pobre muchacho, qué tragedia! —suspiró audiblemente la mujer de Gregorio, una anciana rechoncha y corta de vista.

—Sin embargo el destino tuvo un nuevo giro inesperado con aquellos muchachos —prosiguió Simón—, pues ya fuera por lástima o por recordarle a sus dos hijos fallecidos hacía años por las gripes, o por ambas dos razones, el conde los acogió en el castillo y con el tiempo los nombró sus escuderos. Llegó a cogerles tanto cariño que incluso los educó en el arte de las letras y los números, puesto que ambos demuestran más interés por estos temas que su propio hijo Rodrigo, más propenso a destacar en el manejo de las armas. De esta manera los dos hijos huérfanos de campesino viven ahora mejor de lo que habrían podido optar con sus padres.

—Dicen también que los dos jóvenes son los hijos bastardos del conde, fruto de su relación con Ángela, la hija del zapatero —apuntó uno.

—¿De verdad? —respondieron varias voces, intrigadas por el chisme.

—No digáis tonterías —censuró el «viejo cerveza», levantando su tono de voz grave y decorosa—. Los rumores de la relación entre el conde y esa joven surgieron hace apenas una década, ¡y ese joven que acompaña al conde ya pasó la adolescencia!

Todos callaron ante la convincente resolución de Simón, quien siguió con sus observaciones:

—Además, desde que murió la esposa de don Sancho al dar a luz a su único hijo vivo, Rodrigo, el conde no ha estado con ninguna otra mujer.

—¿Cómo puedes asegurarlo? —inquirió Lordín, molesto por no acaparar entre los concurrentes el mismo protagonismo que su locuaz compañero de generación.

—Te lo explicaré... —prosiguió el «viejo cerveza», llenando de nuevo su pipa de fumar tabaco.

Miguel, el tabernero, apareció de detrás del mostrador con una bandeja repleta de jarras de cerveza fría. Dejó la bandeja sobre la mesa redonda y se unió a la charla entre agradecimientos.

—¡Beban, beban! —instó Miguel—. Y no me lo agradezcan a mí: ¡invita el «viejo cerveza»!

Martín manejaba las riendas del carromato tirado por bueyes, haciendo caso omiso de las miradas y los comentarios de la gente que saludaba al conde afectuosamente. Ambos iban sentados en el pescante, y detrás de ellos, custodiando el plúmbeo cargamento de barriles de vino, permanecían el bueno de Andrés y el gigantón Vicente, dos hombres de la guardia del conde.

Poco antes habían atravesado las puertas del recinto amurallado que rodeaba la ciudad, y ahora dejaban la amplia y bulliciosa plaza del mercado para adentrarse en la calleja del vinatero. La ciudad parecía un verdadero pozo de basura, debido a la cantidad de barro producido por las lluvias estivales y los desechos que la gente descargaba en la calle. Prácticamente en todas las ciudades del reino había que atravesar dichas calles pisando sobre tablones y defender las casas con diques de piedra. Solo en Tesara, la capital, las avenidas más céntricas y distinguidas estaban pavimentadas. Pero allí las rodadas quedaban enterradas de tal modo en el barro que los carros apenas podían salirse de ellas para dejar paso al que viniese en dirección contraria. El estiércol se depositaba sin miramiento alguno en la calle, ni más ni menos que las demás basuras, y los mendigos dormían sobre este terreno inmundo, envueltos en harapos. Muchos de ellos aguardaban en la puerta de la iglesia a las señoras que salían de misa, tendiéndoles entonces sus demacradas manos para recibir una mísera limosna.

Mientras se adentraban en la tiznada y lóbrega calleja, Martín destinó una contemplativa mirada arriba, donde los balcones de los edificios de ambos lados de la estrecha calle casi se tocaban entre sí. Las viejas casas de ese tramo eran altas como murallas, y sus paredes se inclinaban ligeramente hacia delante, de forma que al joven conductor le parecía estar avanzando en el fondo de un abismo, donde la superficie se hallaba sobre los tejados de madera. Vio a una anciana llamar con el escobajo a la ventana de una vecina para preguntarle a gritos cómo estaba su marido, en tanto un hombre sacaba por la ventana un cubo de excrementos y meaos y lo vaciaba, acompañando con el movimiento un aviso de «¡agua va!», mientras los transeúntes de abajo se apartaban y le lanzaban vejaciones y frases de desprecio por no tener más cuidado.

Casi al final de la calleja se cruzaron con un grupo de comediantes. Estos preparaban sus irrisorios títeres y ultimaban los guiones de la escuálida obra teatral que pensaban representar para conseguir las risas de los más jóvenes y las donaciones de los adultos. Martín tuvo tiempo de observar a uno de los titiriteros, quien sin vacilación alguna se bajó las calzas y sacó su miembro viril para orinar en medio de la calle.

Se detuvieron poco después al llegar a una fachada donde había una puerta grande sobre unos pocos y anchos escalones. La puerta estaba abierta y, sobre ella, colgado de una viga, sobresalía un cartel donde se podía leer en letras blancas «La bodega de Mario», inscritas sobre la figura de un esbozado barril. Don Sancho bajó del carromato y ordenó a Martín, Vicente y Andrés que entrasen

los barriles en dicha bodega, donde el vinatero les pagaría cinco reales de bronce por barrica, y luego esperasen su regreso.

Don Sancho se alejó a paso ligero, desapareciendo tras una esquina cuyo lóbrego callejón daba de nuevo a la plaza del mercado. Una vez allí, cruzó las avenidas de puestos de fruta, tenderetes y baratillos donde los comerciantes mostraban sus abalorios, hasta llegar a una taberna situada en una de las cuatro esquinas de la plaza. Dentro había un gran salón concurrido, repleto de mesas redondas, y la entrada a un oscuro pasillo del que salían múltiples risas y carcajadas. Don Sancho se acercó a la parte del mostrador donde se encontraba Miguel, el tabernero, y le hizo una señal con la mano. El hombre asintió y se acercó para hablarle al oído:

—Acaba de llegar —le susurró—. Está en la cuarta habitación a la derecha.

Don Sancho flanqueó algunas mesas, una de ellas presidida por el conocido «viejo cerveza», quien le saludó como siempre y siguió charlando amistosamente con algunos ancianos que se reunían en torno a él. Se internó en el estrecho pasillo, flanqueado por numerosas habitaciones de huéspedes o salas de juego privadas. Entró en la cuarta habitación a la derecha, descorriendo las cortinas del umbral. El interior estaba iluminado débilmente por las trémulas velas que colgaban de las paredes, y los muebles se reducían a una mesa redonda de juego y a su alrededor varias sillas de respaldo alto. En uno de los asientos permanecía sentado, con la espalda encorvada y los brazos cruzados sobre la mesa, un hombre de aspecto robusto y con el rostro oculto por el embozo de una capucha.

Al ver la llegada de don Sancho, el hombre se levantó, descubrió su rostro cubierto parcialmente por un espeso bigote y extendió los brazos.

—¡Sancho, viejo amigo! —exclamó.

—¿Cómo estas, Enrique? —saludó don Sancho esbozando una sonrisa.

—Mi aspecto no es tan espléndido como el tuyo, amigo mío. Te conservas bien —halagó Enrique estrechando la mano del otro.

Se sentaron a la mesa, pidieron al tabernero que trajese vino y dos copas, y una criada de cabellos oscuros y corpiño escotado apareció en la sala para servir a los señores y luego retirarse, riendo sin pudor un comentario obsceno por parte de Enrique. Comenzaron a hablar y recordar viejos momentos, riendo y bebiendo, hasta que surgió el tema por el que se habían reunido. Enrique de Aurion ostentaba igualmente el cargo nobiliario de conde, gobernaba un territorio situado en la frontera más oriental del Imperio, en la turbulenta región de Alania, muchas leguas



al este de donde ahora se encontraban, y recurría a su viejo amigo Sancho para pedirle ayuda.

—Empecemos con lo que nos ha traído hasta aquí —interpuso Sancho—. Tengo a tres de mis hombres esperando afuera.

Enrique abordó inmediatamente el asunto que había venido a discutir.

—Ambos estamos de acuerdo en que al rey le quedan pocos días de vida, y su despreciable vástago asumirá el trono en poco tiempo.

Sancho asintió, sin advertir adónde quería llegar su viejo amigo. Todo era cierto. El rey contaba ya los ochenta años, mucho más de lo que había alcanzado cualquiera de los de su abolengo, pero ahora sufría una grave enfermedad y su hijo y heredero Arislan era un auténtico déspota. Se rumoreaba que tramaba arruinar todo el trabajo de su padre y su difunto abuelo, una dilatada labor para conseguir unificar a los pueblos de Occidente y mantener la paz, y pensaba ampliar el Imperio más allá de sus fronteras actuales, volviendo a guerrear con los reinos vecinos con el deseo de expandir la fé cristiana a golpe de espada. El príncipe Arislan anhelaba un reinado tirano, acaparando prácticamente todo el poder militar, y donde la mayor parte de la aristocracia no ostentase ningún poder político.

—Dado que nuestros intereses en este asunto son similares, pensé que podríamos unirnos en busca de una solución junto a los otros nobles —dijo Enrique.

—¿Qué solución? —inquirió Sancho, temiendo lo que iba a escuchar.

—Tal vez el futuro rey necesite desprenderse primero de los nobles que no le apoyan, y de aquellos que reniegan o dudan de nuestra propia religión, como es tu caso, querido amigo.

Sancho titubeó un momento esperando la solución que tanto temía. Enrique siguió hablando:

—Todos los condes de la región de Alania estamos a favor de unir nuestras milicias y derrocar a la monarquía para evitar el mandato del sucesor del rey. En el este, solo Lockmayor, el señor de la ciudad de Barrock, parece apoyar al rey y al príncipe.

—¡Pero yo respaldo plenamente al rey! —exclamó Sancho con vehemencia al oír lo que le proponían— Aquí, al oeste del Imperio, todos los aristócratas defendemos a la Corona incondicionalmente. Aunque todos los condes y barones de Alania unieseis vuestras huestes de mercenarios en tal contienda, las tropas reales os aplastarían secundadas por los demás nobles del reino.

—Es por eso por lo que recurro a ti, Sancho —terció Enrique, poniendo más énfasis ahora en sus argumentos—. Tú puedes convencer a muchos para unirse a nuestra causa; tienes muchas influencias.

—Gracias al rey que ostento mis resortes —añadió Sancho, impertérrito. Jamás había osado desafiar a la Corona. Era cierto que ni siquiera era un buen creyente, porque aunque había leído y estudiado la religión de su pueblo, e incluso se la había inculcado a su hijo, también a Martín y a Pedro, no creía realmente en ella, y solo lo hacía para guardar las apariencias y ganarse la confianza de la inquisitiva Iglesia; sin embargo, siempre había estado de parte del rey, porque era un monarca cultivado en las letras y justo con cuantos le rodeaban.

—¡Pronto el rey morirá, y aquel que te aceptó en su Consejo real en otra época e hizo de ti un varón distinguido no estará para rehusar las abyectas ideas de su hijo! —tronó Enrique, tratando de disuadir a su amigo—. Si Arislan toma el poder, los condes que renieguen de la religión del Imperio perderán todo poder político, e incluso pagarán impuestos mucho más elevados. Lo mismo sucederá con los nobles de Alania, que ostentamos tierras muy lejanas a la capital. Y después de esto, poco a poco, serán los demás nobles quienes sufrirán el autoritarismo del príncipe. Al final todos saldremos perdiendo.

Sancho sintió un vuelco en el corazón. La confusión que le produjo este último comentario lo dejó perplejo. Siempre había conocido al rey Argnor, de linaje nórdico, como único soberano de Pulse. En cualquier momento, su hijo podía sucederle en el trono y tirar por tierra toda una labor de progreso y expansión pacífica que nadie hasta entonces había conseguido, en los más de quinientos años de historia del reino, ahora convertido en imperio. Pero dudaba en la eficacia de terminar con la monarquía.

Sancho meditó durante unos instantes y luego clavó los ojos en la copa colmada de vino.

—La pregunta a la que nos enfrentamos es muy simple —lo interrumpió Enrique en sus pensamientos, poniéndose de pie—. ¿Somos nobles con orgullo o somos vulgares esclavos?

Sancho permaneció reservado, aguantando la inquisitiva mirada del otro conde.

—¿Qué me dices? —inquirió Enrique—. ¿Tu valor se limita a defender al rey, o estas dispuesto a luchar por lo que crees?

—He pasado ocho años al frente del Consejo real, redactando leyes y tratados...

—¿Acaso piensas que esas resoluciones seguirán vigentes cuando Arislan sea coronado emperador, señor del Imperio de Pulse? —terció Enrique.

—¿Y con qué ejército pensáis oponeros al príncipe? —repliqué Sancho—. Él es el único que mantiene numerosas tropas regulares.

—Contrataremos mercenarios y organizaremos milicias de campesinos, como lo hacíamos en tiempo de guerra con los reinos orientales...

—...o como lo hacéis ahora entre vosotros para repartiros las tierras —añadió Sancho en tono sarcástico.

—Habrá una tregua, Sancho —explicó Enrique, irritado por la actitud de contrariedad de su amigo—. Una tregua entre los nobles del este.

—¿Y quién pretendes que sea el líder de dicha alianza?

—Don Roldán —aclaró Enrique.

—¿Un hombre al que no siguen ni cincuenta jinetes? —replió Sancho esbozando una mueca burlona—. ¿Acaso no has contemplado nunca Tesara, amigo mío? ¿Sabes lo altas que son las murallas? ¿Y el número de soldados que las custodian? La capital es inexpugnable. Si el bueno de don Roldán se acerca a esas murallas no quedarán de él ni los huesos.

—Es un hombre de alto linaje, Sancho, e influyente al igual que tú —explicó Enrique—. No necesitamos únicamente poder militar, sino también poder político. Por eso solicito tu ayuda, amigo mío. Sé de tus amistades con varios miembros del Consejo real, y puedes conseguir que muchos nos apoyen.

—Lo pensaré —contestó Sancho—. Ahora he de irme, mi gente me espera.

—Escucha —instó Enrique—. Hay una segunda opción, pero esta es más mezquina y menos honrosa.

—¿De qué se trata? —inquirió Sancho frunciendo el ceño.

—Hablo de asesinar al príncipe Arislan, para que su hermano menor, Arlotar, herede el trono —explicó Enrique bajando el tono de voz una octava.

—Arlotar es un hombre honesto, conformado con su posición —dijo Sancho—. Jamás aceptará participar en una traición contra su hermano.

—Sé que Arlotar no se enfrentará a Arislan en una guerra, ni apoyará el asesinato, pero tendrá que gobernar si su hermano muere, sea cual fuere la causa —continuó Enrique.

—En cualquier caso desecho absolutamente tu segunda opción, no es propia de ningún caballero —terció Sancho.

—Está bien, pero prométeme que pensarás en la primera propuesta —insistió Enrique—. Necesito tu ayuda. ¿Volveré a verte pronto?

—Te lo prometo —respondió Sancho al tiempo que se despedía y salía de la sala, descorriendo de nuevo las cortinas.

Don Sancho dejó atrás la taberna y cruzó de nuevo la plaza en dirección a la calle del vinatero, donde Martín y los demás lo espe-

raban con el carromato evacuado de barricas. El conde observó el cielo carmesí del atardecer sobre la altura de los tejados. Cuando llegó al final de la calleja del vinatero, Martín le entregó la bolsita de cuero hinchada de reales de bronce. Sancho no necesitó recontar el dinero, confiaba en el muchacho.

—¿Dónde habéis ido, si puede preguntarse? —inquirió Martín, a quien le había intrigado la discreción del conde.

—Debía reunirme con un amigo sobre un asunto del que no puedo tratar con más personas, pero del que he de meditar por mucho tiempo.

—Entiendo —Martín comprendió que debía conformarse con eso, de manera que azuzó a los bueyes y retomaron el camino de vuelta.

—Cuando llegemos al castillo —comentó don Sancho—, quiero que avises a Mordao para que prepare a los perros para la mañana siguiente. Saldremos de caza temprano.

### 3. La cacería

*«Aúlla el lobo,  
ladran los perros,  
embiste el jabato,  
dispara el cazador.  
Corre, corre, lobo hambriento,  
lucha, lucha, jabato,  
hasta que tus fuerzas flaqueen,  
resiste por tu honor».*

**Canción antigua de Pulse.**

3 de agosto

**A**gosto era buena época para cazar. Uno de los batidores del conde había vuelto al amanecer, hablando de un jabalí enorme cuyo territorio se encontraba en un espeso monte, a orillas de un río que serpenteaba a media jornada de camino del castillo. El cazador había tenido la oportunidad de contemplar al animal en la lejanía y calculó su tamaño con ayuda de las ramas quebradas en el territorio y de la amplitud y profundidad de sus huellas.

Don Sancho mostró especial interés en el asunto. Tal vez no tuviera otra oportunidad para cazar en mucho tiempo, así que decidió ocuparse de todos los detalles. Examinó la jauría de perros y los caballos que iban a utilizar durante la montería, y se ocupó él mismo de tensar la cuerda de su arco de abedul.

Al caer la noche del día siguiente, don Sancho llegó al campamento de avanzada situado en los lindes del territorio del animal, acompañado por Martín y por su hijo Rodrigo, quien también llevó a su escudero Gerardo. Este era un hombre tuerto, mucho más viejo que su señor, pues rondaba los cincuenta años. El conde habló con los cazadores y con los batidores, incluido el viejo Mordao, para acordar con ellos las señales de cuerno, la colocación de los caballos de reemplazo y las medidas pertinentes para evitar la huida del animal.

A la mañana siguiente se adentraron en el monte, tapizado de castaños y alcornoques. Por orden de don Sancho, el grupo se detuvo y solo siguieron adelante el cazador que llevaba al sabueso y el conde junto a Martín, ambos a caballo. Rodrigo se sintió molesto con la decisión de su padre de dejarle en la retaguardia.

—¿Acaso no quieres que te acompañe, padre? —protestó, inquieto sobre la grupa de su montura. El joven noble se hallaba en

la plenitud de su vida, con apenas tres décadas cumplidas era un hombre hábil con las armas y de constitución fuerte. Tenía las facciones duras heredadas de su padre, las cejas profundas y el pelo castaño, en forma de melena corta, ocultaba dos feas orejas.

—Quédate tranquilo, Rodrigo —respondió el conde—. Bien sabes que la caza requiere de adiestramiento y una preparación física de la que comienzo a carecer, por lo que es muy posible que el animal escape de mis manos y debas ser tú el verdadero protagonista de la cacería. Espero que sepas aguardar el momento.

—Haré como mandes, padre. Aunque preferiría acompañaros —señaló el hijo, y acto seguido desensilló para pisar la tierra húmeda y ordenar a su escudero que le sirviera de comer.

—En realidad —confesó don Sancho a su joven acompañante, mientras seguían solos al sabueso del cazador, monte arriba—, prefiero que Rodrigo se quede atrás porque en las últimas ocasiones siempre me robó la pieza. Tal es su determinación y su ansia de demostrar sus facultades que a uno, por muy padre que sea, no deja de afectarle que su propio hijo le niegue una de las pocas satisfacciones que le quedan. Además, el ejercicio de cazar exige también una preparación moral importante. Rodrigo debe aprender a acatar las órdenes y esperar el momento oportuno.

Martín sonrió al escuchar a su señor, al que podía considerar como a un padre después de haberlo acogido varios años atrás en su castillo.

—Prefiero intentar cazar a esa bestia por mis propios medios, o al menos tener yo la primera oportunidad de abatirlo —prosiguió—. Y si no lo consigo, a buen seguro que mi hijo lo logrará.

Poco después el terreno boscoso se volvió más abrupto. El conde ordenó a Martín vigilar a los caballos mientras él y el batidor seguían a pie al inquieto sabueso hasta el refugio del jabalí. Martín no tardó en perderlos de vista tras el follaje. Ató a los caballos al tronco de un árbol y se dedicó a esperar. Pasaron los minutos, luego las horas. Echó mano de la cantimplora que le colgaba al cinto y bebió algo de agua. Luego se comió un pedazo de pan de trigo untado de sebo y una manzana, su fruta preferida. Mientras mascaba se preguntó qué hora debía ser.

Era mediodía. El joven permanecía recostado en la hendidura de un majestuoso sauce, aplacado por la suave brisa que recorría el bosque y agitaba armoniosamente las hojas de las copas. Ya parecía haberse olvidado de la caza, cuando de pronto oyó el triple toque de cuerno. El sabueso había hallado el escondrijo del jabalí. Ahora el animal había escapado y la señal llamaba a la jauría de perros y a los demás cazadores.

Martín se levantó sobresaltado. Percibió a lo lejos la voz de su señor. Cada vez que la oía estaba más cerca, pero no entendía nada. Desató a los caballos y esperó. Pocos segundos después, un enorme animal pasó a su lado como una exhalación. Martín cayó al suelo por la impresión y los caballos se alarmaron. El joven volteó rápidamente por el terreno para evitar que uno de los equinos lo aplastase al levantarse sobre sus patas traseras. Se incorporó y sujetó las riendas del animal, tratando de calmarlo. Al momento llegaron el cazador y el conde. El cazador siguió la dirección por la que había huido el animal, ayudado por el sabueso, que tiraba nervioso de la correa de manera que arrastraba prácticamente a su cuidador a través del follaje. Don Sancho cogió las riendas de su alazán.

—¡Es enorme! —le dijo al joven, como si este aún no lo hubiera visto.

—Lo sé, señor, ¡ha estado a punto de embestirme!

Martín sujetó el estribo derecho para ayudarlo a montar. De pronto el conde ya estaba en la silla, clavó las espuelas en las ijadas del caballo y lo puso al galope. Martín lo perdió de nuevo de vista, pero solo tenía que montar el otro caballo y seguir el sonido del cuerno del batidor para adivinar dónde se encontraba su señor.

Los demás cazadores y mozos formaron un semicírculo en el bosque para forzar al jabalí a escapar a campo abierto, donde no habría dificultad en cazarlo. El animal salió de la espesura perseguido por los perros de caza, el conde, su hijo Rodrigo y el resto del grupo. Detrás apareció Martín, rezagado.

No hubo tiempo de montar en los caballos de reemplazo para perseguir al animal por terreno llano, porque el jabalí dio media vuelta ante el asombro de todos y retornó al bosque, cuando ya parecía no volver. De esta manera Martín quedó en ventaja frente a los demás perseguidores, y cabalgó internándose de nuevo en la fronda. Siguió al jabalí hasta llegar a terreno abrupto, entonces lo perdió de vista y continuó a pie. No estaba dispuesto a perderlo. Cogió la aljaba y el arco atados a la silla de montar, advirtiendo que solo gozaba de cuatro flechas; al salir del castillo el día anterior recordaba haber contado seis flechas, y ahora faltaban dos. Pensó que se habrían perdido durante el transcurso de la persecución. Luego tomó un sendero natural que lo llevó al borde de un barranco. Bajó la mirada: más de cinco metros de pronunciada pendiente imposibles de salvar. El animal no podía haber seguido por ese camino, no sin estrellarse con los troncos que obstaculizaban el repecho. Entonces escuchó un resuello, cerca, detrás de él. Se giró lentamente. Los jadeos se debían a la fatiga de un animal grande y provenían de detrás de unos matorrales. Martín sacó

una flecha de la aljaba y tensó el arco. El corazón le latía con mucha fuerza, presionándole las costillas, como si quisiese salir de su huesuda celda.

El jabalí surgió de su escondite con un agudo chillido y se lanzó contra el joven. Antes de que Martín pudiera apuntar al animal, ambos cayeron rodando por el acentuado barranco, golpeándose con los troncos que les salían al paso. Al llegar abajo, el jabalí se incorporó con velocidad y huyó al oír los cuernos de caza y los ladridos de los perros acercándose. Martín quedó peor parado, aunque sin ningún hueso roto. Se encontraba al pie del barranco, donde el terreno era más uniforme y menos inclinado. Trató de incorporarse como buenamente pudo, pero tenía todos los músculos entumecidos tras los golpes. Decidió esperar a que los demás llegasen y lo ayudaran para evitarse un gran esfuerzo.

De repente aparecieron los perros de caza, una docena, ladrando ferozmente al tiempo que seguían el rastro del jabalí. Pasaron rápidos frente a Martín, sin prestarle atención. Entonces el joven vio al conde entre las abigarradas hileras de árboles y la floresta. Caminaba parsimoniosamente con el arco en mano, fatigado.

Cuando Martín se disponía a llamarle, una flecha se clavó en el brazo izquierdo del noble, haciéndolo recular y caer al suelo. El joven se quedó sin habla al verlo derribarse. Al momento llegó Rodrigo junto a su escudero Gerardo. Detrás de ellos venían los mozos y cazadores. Rodrigo vio primero a su padre yaciendo en el suelo, aquejado por el dolor, con una flecha clavada en el brazo.

—¿Qué ocurre aquí? —le preguntó a su padre.

—Alguien le ha disparado —contestó Martín, saliendo apuradamente de debajo de la maleza.

Rodrigo observó que la pluma de faisán, que remataba la saeta hundida en el brazo de su padre, era igual que las que utilizaban tanto Martín como el conde en sus aljabas, muy diferentes a las plumas blancas de oca que empleaban la mayoría de los tiradores.

—¡Maldito embustero! —encolerizó Rodrigo al verle, quien no le tenía simpatía al joven—. ¡Debí haberlo supuesto!

—No, no es lo que piensas —trató de explicar Martín al comprender lo que sucedía.

Rodrigo se acercó a él y le propinó un puñetazo en el estómago, dejándole sin aliento y haciéndolo caer de rodillas.

—¡Basta, Rodrigo! —postuló el conde—. Él no ha sido, la flecha vino de otra dirección.

—Pero padre, no había nadie más aquí.

—¿Cómo sabes tú eso? —inquirió el conde. Su voz sonaba quebrada por el dolor punzante—. ¡Suéltale!



—Debemos sacarle la flecha —medió el viejo Mordao, acucillado junto a su señor—. La herida podría infectarse en poco tiempo.

—¡Rápido entonces! —le ordenó el conde—. Estoy perdiendo mucha sangre.

Mordao decidió hacerlo él mismo, pues sabía cómo tratar las heridas de flecha. Primero examinó la lesión: el proyectil había penetrado considerablemente en la piel, por eso perdía tanta sangre, pero la punta de acero no había tocado el hueso. Pidió a dos mozos y a Rodrigo que sujetaran al conde mientras él extraía la flecha y limpiaba la herida.

Martín recuperó el aliento y se acercó al conde, rezando por la persona que años antes lo recogió de las ruinas de una aldea para acogerlo en sus aposentos. Alrededor se habían agrupado todos. Los primeros gritos de don Sancho fueron desgarradores. Después sus fuerzas flaquearon. Mordao retiró la flecha a un lado y vendó la herida con un jirón de su camisa. Don Sancho se había desmayado.

—Tenemos que volver al castillo —dijo Mordao—. Allí el médico podrá curarle la herida.

Rodrigo accedió a la propuesta del cazador y anunció el fin de la montería. Dos horas después levantaron el campamento próximo al bosque y volvieron al castillo de Castro. Rodrigo ordenó apresar a Martín y confinarlo en un calabozo.

—Te haré ahorcar por lo que has hecho —dijo—. Con o sin el consentimiento de mi padre.